



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Instituto de Investigaciones Feministas

MÁSTER UNIVERSITARIO EN ESTUDIOS FEMINISTAS



TRABAJO FIN DE MÁSTER

RELACIONES DE PODER, MISOGINIA Y SORORIDAD COMO NOCIONES DEL DISCURSO FEMINISTA EN LA NARRATIVA DE ANA TERESA TORRES

AUTORA: MARELIS LORETO AMORETTI

TUTORA: LUISA POSADA KUBISSA

FECHA DEFENSA: SEPTIEMBRE, 2012

CURSO ACADÉMICO: 2011-12

Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales

a Ana Sofía, mi amiga y maestra de filosofía, política y feminismo.

a Elisa, mi abuela paterna, que nunca fue feminista porque no supo que tenía esa oportunidad.

a Mercedes, mi abuela materna, que me enseñó que las mujeres están obligadas a defenderse.

a mi padre, porque en él es evidente que la reeducación es posible.

y al fin, a Luis, porque es el feminista por excelencia.

Índice

	Página
Introducción	4
Marco teórico	5
Hipótesis y objetivos	10
Consideraciones metodológicas	11
División del trabajo	12
Capítulo I. Sobre ella: Ana Teresa Torres	15
Capítulo II. Las historias	18
Capítulo III. Relaciones de poder	22
Capítulo IV. Misoginia	31
Capítulo V. Sororidad	39
Conclusiones	46
Bibliografía	48

Introducción

Justificar un interés surgido por el encuentro, muchas veces fortuito, desde una o diversas narraciones, podría resultar fútil aún en lo académico. La identificación o el rechazo, empatías o incomprensiones varias en torno al discurso de un “otro” que nos nombra o nos obvia, invita a despertar el interés y la curiosidad sobre algunos elementos o sobre algunas personas que logran desentrañar aquello que hemos arrinconado en el lugar más oscuro de nuestro olvido.

Los discursos hegemónicos, en tanto se adueñaron de los contenidos simbólicos, narran lo que hemos sido, lo que somos y lo que seremos, distribuyendo a cada cual un rol específico a ocupar, garantizando el orden de las cosas, de la vida, de la cultura, de la civilización. No obstante, cada vez con más frecuencia, surgen narraciones “otras”, enmarcadas desde los márgenes, que pretenden denunciar, revertir o simplemente explicitar esta hegemonía.

La perspectiva del enunciante que narra desde la periferia está nutrida de otra mirada, de una mirada quizás privilegiada o, en todo caso, distinta, que pone el foco de atención en otros elementos, situaciones diversas que antes habían quedado enterradas. Estos, los que tradicionalmente no tenían voz narrativa ni simbólica, son quienes nos hablan del entramado que está detrás, de los entretelones, de todo aquello que olvida u oculta la historia oficial.

Ana Teresa Torres, autora venezolana cuyo discurso feminista nos interesa particularmente, reúne en sí misma tres elementos que constituyen esta voz silenciada: proviene de un país periférico, desconocido ampliamente, que no es mágico ni asombroso como para generar curiosidad; que no es trágico como para invitar a la censura y a la condescendencia; que no aporta ni quita fuerza a la hegemonía occidental.

¿Qué de malo le ha pasado a usted? Es una pregunta fundamental para el lector europeo si va a leer a un lector no europeo. Vi con asombro el fervor que despertaba una escritora de Mauritius, amenazada por algunos fanáticos que escribían graffitis clamando por

su violación. Sufrí con el incierto retorno a su país de una escritora de Sri Lanka. No pude exhibir el exilio del poeta persa y del novelista de Sierra Leona, ni siquiera pude decir, como la escritora puertorriqueña o la hindú, que había sido educada en una lengua impuesta por la dominación. Ni, por supuesto, quisiera relucir por las persecuciones de las dictaduras del Sur. Ni he estado presa, ni he sido torturada, ni siquiera censurada (Torres, 2000b: 8).

La “estética del sufrimiento”, de acuerdo a Bruña (2005), es esa lectura que se hace buscando los grandes dramas de los escritores venidos del mundo subdesarrollado. Nada de eso lo encontramos en la autora (ni en su país) y es justamente uno de los elementos que nos interesa. La reivindicación del trabajo de las mujeres (no importa cuál sea el ámbito) pasa por la valoración del trabajo en sí mismo, no en la conmisericordia.

Es, a su vez, una mujer, lo cual implica de suyo una posición social determinada que le resta autoridad discursiva de acuerdo al orden establecido, de modo que lo que dice no tiene ninguna relevancia, independientemente de su formación académica, ampliamente valorada desde la visión masculina.

Por último, su interés radica en hacer surgir estas voces olvidadas, que el lugar de la enunciación parta de aquellos que han pertenecido a los márgenes, a quienes tradicionalmente se les ha negado un discurso propio y distinto.

Marco teórico

A través de las tres novelas de Ana Teresa Torres: *La favorita del señor* (2010), *Doña Inés contra el olvido* (2008a) y *La fascinación de la víctima* (2008b), se pretende un análisis inmanente cuyo fundamento se sustenta en desentrañar el discurso feminista que subyace en la obra de la autora. Para ello, se consideraron tres nociones fundamentales; a saber, relaciones de poder, misoginia, y por último, sororidad.

Las relaciones de poder entre los sujetos implica, por una parte, un agente dominador y, por la otra, el agente dominado. Marx, Gramsci, Foucault han hablado exhaustivamente al respecto, en tanto las relaciones de poder se conciben como políticas, sociales y económicas. No obstante, sus teorías

cubren lo estrictamente público, de modo que esta estructura jerárquica viene dada en tanto unos hombres dominan a otros, desde las instituciones, desde la cultura, desde la economía, desde la potencia bélica. La crítica feminista ha recordado, sin embargo, que estas teorías no hablan de un modelo de dominación que implica la subyugación de la mitad de la humanidad por la otra mitad, a saber, la dominación de la mujer por el hombre. Ésta es la noción que nos interesa a la hora de referirnos a relaciones de poder: a la estructura jerárquica, culturalmente establecida y legalmente protegida, que erige la figura del varón por encima de la mujer, relegándola o bien a la esfera doméstica, o bien a papeles secundarios, en los que su voz ha sido silenciada de múltiples maneras: “Silenciar al otro, ignorarlo, mantenerlo en la invisibilidad, es tal vez la forma más perversa de dominio”. (Caballé, 2006: 36)

Las relaciones de poder sólo pueden existir en tanto se sustenten en una relación entre roles, cuyos contenidos estén más bien diferenciados. De acuerdo a Bosch, “(...) los roles se refieren a cual ha de ser la conducta de quienes ocupan posiciones específicas en una estructura social (...) en cada momento y circunstancia, estableciendo quién debe hacer algo, cómo debe hacerlo y cuándo debe hacerlo” (1999: 116). De esto trata el patriarcado, de una estructura social cuya matriz, centro y punta viene determinado por la presencia y dominio del varón, y en el cual la mujer ha quedado relegada al rol, en el mejor de los casos, de acompañante, amante, madre o, en el peor, del sujeto a partir del cual los varones demuestran su poderío (pasando por todas las vías de violencia contra ella). De acuerdo a Puleo, “(...) el *patriarcado*¹ no es el gobierno de ancianos bondadosos, sino una situación de dominación y, para algunas corrientes, de explotación”. (1995: 21). De acuerdo a Lagarde:

El patriarcado es un orden social genérico de poder, basado en un modo de dominación cuyo paradigma es el hombre. Este orden asegura la supremacía de los hombres y de lo masculino sobre la inferiorización de las mujeres y de lo femenino. Es asimismo un orden de dominio de unos hombres sobre otros y de enajenación entre las mujeres.

Nuestro mundo es dominado por los hombres. En él, las mujeres, en distintos grados, son expropiadas y sometidas a opresión de manera predeterminada (1997: 52).

¹ Las cursivas son de la autora, en el original.

De modo que, para que pueda haber una relación diferenciada entre ambos géneros que culturalmente “justifique” la dominación y la explotación, es menester concebir a cada cual de modo diferente, atribuyéndole características específicas que benefician a uno en detrimento de otro:

En definitiva, la socialización diferencial lleva a que los hombres y las mujeres adopten un rol diferente y desarrollen su actividad en ámbitos diferentes. Y estas diferencias entre hombres y mujeres (...) contribuyen a confirmar la creencia de que son diferentes y que se comportan de forma diferente y contribuyen también a justificar la necesidad de continuar socializándolos/as de forma diferente (Bosch, 1999: 126).

Así, y de acuerdo a Bosch, la atribución de los papeles a representar por parte de cada uno de los géneros dentro del entramado social se constituye en función a los contenidos que han sido vertidos dentro de cada uno de ellos, y esto a través de la educación y la cultura, pretendiendo luego justificar acciones, comportamientos y emociones desde teorías biologicistas, esencialistas y paradigmáticas, que dan pie a la siguiente noción que nos interesa, íntimamente ligada a las relaciones de poder en tanto surge de ella, para fundamentar su arbitrariedad. Nos referimos a la misoginia.

Desde la concepción etimológica, y con la ayuda de Esperanza Bosch, hay que subrayar que “El término misoginia está formado por la raíz griega miseo, que significa odiar, y gyne, cuya traducción sería mujer, y se atribuye a la actitud de odio, aversión y desprecio de los hombres hacia las mujeres” (1999: 9). Al parecer, este desprecio hacia las mujeres -del cual se podría desprender un odio profundo- parte del hecho concreto e “indiscutible” de la inferioridad femenina, manifiesta en su constitución biológica, física, intelectual, emocional y moral, de la cual se han escrito enormes tratados, surgiendo o imponiendo los límites que deben enmarcar la vida de las mujeres para que sus características no mancillen las virtudes de los varones.

A lo largo de la historia tres han sido los grandes temas que se han argumentado para defender la creencia según la cual la mujer es inferior al hombre y por tanto correcto mantener esta actitud misógina

frente a ella: la mujer es inferior tanto biológicamente, como intelectual y moralmente. Y todo ello es así *per natura* (Bosch, 1999: 9-10).

Y es que la naturaleza dotó al hombre de razón y virtud; no así a la mujer, que encarna todos los vicios y las imperfecciones que puedan atribuírsele al humano. “El imaginario patriarcal ha representado tradicionalmente a la mujer ciñéndose a la rígida dicotomía virgen-prostituta” (Cruzado, 2009: s.p.); la virgen es consecuencia de la buena educación que los varones han dado a las mujeres, para establecer los límites morales en ellas. La prostituta, ésa que arrastra al hombre a la peor de las perversiones, y cuyo prototipo lo encontramos en Eva (culpable de la expulsión del Paraíso), en Pandora (quien, por su curiosidad termina azotando a la humanidad con todos los males inimaginables), o en Magdalena. Esta última termina convirtiéndose en un modelo a seguir, pues su vida aberrada se revierte tras su arrepentimiento profundo, aunado al perdón del varón por excelencia: Jesús. Seguimos con Bosch:

Las creencias acerca de la inferioridad de las mujeres y la necesidad de que sean controladas por los hombres, de que las mujeres traen el demonio al mundo y son responsables de la raza (*sic*) humana, de que la menstruación posee poderes mágicos para enfermar, de que las mujeres son por naturaleza machaconas, frívolas, indignas de confianza e irreflexivas, han tenido una vida remarcablemente larga (1999: VII).

Larga y profundamente arraigada es esta creencia, tanto que aún en una época como la contemporánea, en la que las conquistas feministas han logrado una equiparación con el varón bastante favorable, y que incluso el desarrollo laboral de la mujer en la esfera pública ya es parte de la cotidianeidad, en la que es “políticamente correcto” concebir a la mujer como pieza fundamental en la vida pública, política, social y cultural de las sociedades, aún la misoginia forma parte de las apreciaciones cotidianas que nos circundan.

Incluso, se suele hablar de una misoginia femenina para así justificar todas aquellas características despreciables que se nos atribuyen cultural, biológica y socialmente, las cuales traerían de suyo una enemistad ancestral, constitutiva de lo profundamente femenino. Bosch pone un énfasis que nos interesa: la misoginia es el desprecio “de los hombres hacia las mujeres” (1999:

9), de modo que no hay espacio para otro tipo de consideración. La noción trae de suyo la justificación de las relaciones de poder entre hombres y mujeres, en tanto los hombres son “superiores” y las mujeres esencialmente inferiores. Ahora bien, ante esto, y para refutar lo anterior, la última noción del discurso feminista en Ana Teresa Torres que nos interesa para nuestra investigación será la de sororidad.

Subvertir las valoraciones en torno a lo femenino pasa, necesariamente, por una lucha política que empieza desde la propia cotidianeidad. Afirmar que “lo personal es político” es justamente eso: que la lucha por la reivindicación de las mujeres pasa por la consideración de todos los espacios, del privado, del público, y de todas las actividades, de modo que la participación de las mujeres en las sociedades quede, por fin, visibilizada. Esta lucha implica de suyo una fuerza motora que surge de la agrupación y el apoyo entre las mujeres, pues la causa es común: la igualdad entre géneros, que desemboca necesariamente en la autonomía, lo cual suprime las relaciones de poder.

El concebir la libertad como autonomía total implica la no dependencia ni sujeción por razones políticas ni económicas, o lo que es lo mismo, este concepto de libertad tiene como condición previa la posibilidad de *igualdad*, pues si no hay redistribución de bienes y propiedades y ausencia de sujeción a instituciones de poder político, entonces no hay autonomía alguna (Jiménez Perona, 1995: 122).

Jiménez Perona, asimismo, sostiene que “(...) *igualdad* se entiende como una relación de equivalencia, en el sentido de que los sujetos tienen el mismo valor, y precisamente por ello son «iguales»” (1995: 143). Pero en una sociedad patriarcal, ya hemos visto que las valoraciones que se atribuyen a cada género son más bien desiguales, de modo que para lograr la modificación de las mismas, resulta absolutamente necesario modificar las estructuras del propio modelo social, sustituyendo el patriarcado por un modelo igualitario. Así, quienes históricamente han sufrido los rigores del patriarcado son quienes tendrán que unirse para la lucha por su propia reivindicación. De acuerdo a Posada Kubissa, “La conciencia femenina de su sometimiento dentro de la estructura patriarcal y la revuelta ante el mismo recibe un nombre inicial: «sororidad»” (1995: 334).

La sororidad puede pensarse, en un primer momento, como solidaridad entre las mujeres, y es que “«sororidad» no es sino la «otra cara» (...) de la «hermandad de los iguales» (varones) o «fraternidad»” (Posada Kubissa, 1995: 336). Dicha hermandad entre las mujeres supone un objetivo común, que no es más que la plena reivindicación del género y la supresión de la dominación del género masculino al que las mujeres han estado subyugadas. Es, en fin, la unión que surge de la empatía entre quienes se reconocen igualmente desfavorecidas por un sistema que históricamente las ha arrinconado. De acuerdo a Posada Kubissa:

(...) la conciencia común que han ido tejiendo las mujeres sobre la necesidad de «hermanarse» con otras mujeres confiere al término «sororidad» ese eco positivo, también históricamente detectable, de irse poniendo del lado de la «otra» (...) para cuestionar y modificar su puesto de relegación diseñado por el dominio patriarcal (1995: 340).

La lucha política para la reivindicación de las mujeres, no obstante, es una utopía sin la previa empatía que debe surgir entre ellas mismas. La comprensión de las circunstancias y el apoyo, a pesar de las variables que pongan en juego actitudes y comportamientos, serán clave en esta hermandad femenina. La “enajenación femenina” de la cual habla Lagarde (1997: 52), consecuencia del sistema patriarcal, juega un papel determinante en esta falta de empatía entre las mujeres, que se traduce en la ausencia de apoyo entre ellas. Sin apoyo no hay lucha, y sin lucha no hay cambios. La toma de conciencia de lo anterior ha de surgir desde las actitudes más simples, para que entre mujeres aparezca la mano que sostiene, los brazos que arropan, y la cabeza que idea el camino a andar para conseguir las transformaciones sociales pretendidas.

Hipótesis y Objetivos

La presente investigación surge a partir de la hipótesis de que existe un discurso feminista en la narrativa de Ana Teresa Torres, cuyas nociones más relevantes son: relaciones de poder, misoginia y sororidad.

De este modo, y en concordancia con la hipótesis, nos hemos planteado los siguientes objetivos:

Objetivo general:

Demostrar la presencia del discurso feminista de Ana Teresa Torres a través de tres nociones, a saber, relaciones de poder, misoginia y sororidad en tres obras narrativas: *La favorita del señor* (2010), *Doña Inés contra el olvido* (2008a) y *La fascinación de la víctima* (2008b).

Objetivos específicos:

- 1.- Definir la biografía de Ana Teresa Torres y su relevancia en el ámbito literario venezolano.
- 2.- Describir las historias de cada una de las novelas a analizar.
- 3.- Analizar la noción de “relaciones de poder” en cada una de las novelas.
- 4.- Analizar la noción de “misoginia” en cada una de las novelas.
- 5.- Analizar la noción de “sororidad” en cada una de las novelas.

Consideraciones metodológicas

A partir de un marco teórico que llene de contenido las nociones de relaciones de poder, misoginia y sororidad, se hará un análisis inmanente de las tres obras narrativas de Ana Teresa Torres, con el fin de extraer de su discurso aquellos elementos que sustenten cada una de las nociones, así como para mostrar la coherencia de su discurso, evidenciado en las tres novelas escogidas.

La búsqueda de estas tres nociones pasa por el estudio de un discurso y de su contraparte. Y como el análisis es desde un discurso que habla de otro discurso, nuestro análisis es en torno a elaboraciones simbólicas de la cultura patriarcal y su detractor, también una elaboración simbólica, ahora feminista. De este modo, nuestra metodología se sustenta en un análisis filosófico de los discursos en la narrativa, cuyo significado nos lo proporciona la propia autora.

En relación a esto, hay que puntualizar que la literatura y la filosofía no están divorciadas, sino al contrario: a través de ambas es posible darle significado a nuestro universo simbólico. La literatura da cuenta de ello, y la filosofía escucha y lo explica. De acuerdo a Aguilera:

La filosofía es una constante “estar a la escucha” de aquello que pueda enriquecer nuestra visión de lo humano, venga de donde venga; de aquí, que la filosofía y la literatura acudan al poder simbólico e imaginario de los mitos de nuestra civilización (2007: 164).

Nuestra visión de lo humano, de mundo o de nuestra cultura se nutre de los contenidos simbólicos que la sustentan, y la literatura ha sido siempre un espacio idóneo para mostrar esos contenidos y su poder en nuestras acciones. Erróneamente se piensa que hacer crítica literaria no es un ejercicio estético exclusivamente, porque también es un ejercicio político, ético y, al fin, filosófico. Cuando la mirada se posa en lo humano y en los marcos que lo determinan para traducirse luego en acciones, esta mirada es filosófica y es desde ella desde donde analiza.

De modo que, para que el análisis fuera posible, fue necesario acudir a fuentes bibliográficas, fundamentalmente, las propias obras de Ana Teresa Torres, tanto las novelas analizadas como sus obras sobre teoría crítica y feminista. Además, y como fundamento teórico que enmarca las nociones que están presentes en su discurso narrativo, fueron de indudable importancia algunas teóricas como Marcela Lagarde, Esperanza Bosch, Luisa Posada Kubissa, Alicia Puleo, Ángeles Jiménez Perona y Anna Caballé.

División del trabajo

Capítulo I. Sobre ella, Ana Teresa Torres.

Este capítulo pretende dar una visión general de la autora, su biografía y desempeño en el ámbito literario. Resulta un apartado obligatorio, considerando la poca bibliografía de la autora o sobre ella que se encuentra en

España, país en el que Ana Teresa Torres y su obra son ampliamente desconocidas.

Capítulo II. Las historias.

Aquí se narra muy brevemente las historias de cada una de las novelas a analizar: *La favorita del señor*, *Doña Inés contra el olvido* y *La fascinación de la víctima*. Coincidiendo con el argumento anterior, este capítulo se justifica en tanto las novelas de la autora, así como ella misma, no son conocidas en España, lo cual dificultaría la comprensión del presente trabajo sin una idea general de lo que la autora propone en cada una de sus novelas.

Capítulo III. Relaciones de poder.

Este tercer capítulo inicia el análisis del discurso feminista en Ana Teresa Torres desde la noción de “relaciones de poder”. A través del hilo conductor de las novelas, van apareciendo situaciones que sugieren que las relaciones entre hombres y mujeres no son igualitarias, sino que es una estructura jerárquica la que las delimita. El análisis pasa también por las relaciones de poder establecidas por los sistemas de castas, en los que no sólo por ser mujer se es víctima del menosprecio, sino que también dependerá de a qué grupo de mujer se pertenece. Mantuana² en la Venezuela colonial, musulmana en la España feudal o canadiense en la Venezuela contemporánea, tres mujeres en contextos muy diversos y cuyo estatus redundante o perjudica un poco más en las condiciones de vida de ellas.

² De acuerdo a la RAE, en Venezuela, el mantuano es un “individuo que pertenecía al grupo de criollos poderosos de la Colonia”. Tradicionalmente se sostiene que el nombre proviene de las mantas que usaban las blancas criollas para ir a misa, y que derivó en el apelativo para referirse a ellas, “las mantuanas”. Luego, por extensión, a los hombres de la misma casta se les empezó a calificar de ese modo, “mantuano”.

Capítulo IV. Misoginia.

El desprecio hacia la mujer, y la valoración que se hace de ella como mujer-objeto puede desembocar en violencia de género. La autora grafica estas situaciones en sus novelas, mostrando las motivaciones que generan situaciones de esta índole, con el agravante, muchas veces, de la justificación. El discurso feminista en Ana Teresa Torres es aquí manifiesto, en tanto las descripciones que hace de la violencia y sus causas ponen en entredicho la validez del sistema patriarcal.

Capítulo V. Sororidad.

Finalizaremos la presente investigación con la búsqueda de situaciones entre mujeres en las que quede de manifiesto la noción de sororidad. Así como las relaciones entre género, las relaciones entre mujeres son parte del discurso feminista que pretende reivindicar la imagen de la mujer en el contexto social. Dado el carácter frecuentemente misógico de los representantes del orden patriarcal, se le ha atribuido a las mujeres la enemistad con las de su género, lo cual tiende a sustentar las características moralmente negativas que se les atribuye. No obstante, en las novelas de Ana Teresa Torres es posible constatar lo contrario: que las mujeres entre sí, independientemente del estatus de cada cual, resultan un apoyo invaluable, que tienden a ser maestras de otras mujeres y que es la perversión del orden simbólico subyacente el que colabora con que la imagen de las mujeres implique ser enemigas entre ellas, porque esto refuerza la primacía del varón.

Capítulo I

Sobre ella, Ana Teresa Torres

Contrariamente a lo que los hombres han escrito durante siglos, *en el arquetipo de la feminidad está el poder.*

Aproximación a la feminidad
Fernando Rísquez

Ana Teresa Torres (Caracas, 1945) es considerada una autora fundamental en el marco de la literatura venezolana. De acuerdo a R. J. Lovera De-Sola (2010a),

La figura mayor de la década es Ana Teresa Torres, quien es a la vez, muertos los grandes maestros del género, la figura mayor de la novela entre nosotros. Por primera vez, gracias a sus dotes creadores, una mujer es nuestro primer novelista (s.p.).

Escritora de cuentos, ensayos, novelas, crónicas, crítica literaria y artículos de prensa, la autora venezolana ha ganado diversos premios por algunas de sus obras, entre las que destacan *Doña Inés contra el olvido* (1992), *El exilio del tiempo* (1995), *Vagas desapariciones* (1995), *Malena de cinco mundos* (1997), *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin* (1998) y *La favorita del señor* (2001).

Miembro de la Academia Venezolana de la Lengua, Torres figura en el contexto nacional por su trabajo ensayístico y psicoanalítico: *A beneficio de inventario* (2002), *Territorios eróticos* (1998), *Historias del continente oscuro* (2007), *La herencia de la tribu* (2009) y *El hilo de la voz. Antología de escritoras venezolanas del siglo XX* (2003).

Psicóloga egresada de la Universidad Católica Andrés Bello, se desarrolló profesionalmente en el campo psicoanalítico en diversas entidades, entre las cuales destaca la Universidad Central de Venezuela. Formada como psicoanalista, ejerció en consulta durante 1970 y 1993, año en el que abandonó definitivamente la práctica para dedicarse a la escritura. No obstante,

es miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas y sus aportaciones en este terreno son altamente reconocidas.

Para la escritora venezolana, la escritura desde los márgenes pasa por el reconocimiento de quienes cohabitan en ellos y han sido silenciados, devolverles la voz e invitar a que sean escuchados. En una entrevista realizada por María Antonieta Flores (2000), Torres confiesa despremiar las etiquetas y se niega a ser encasillada en un sólo discurso, en una sola perspectiva. Se asume el resultado de un conjunto de miradas, y eso es lo que plasma en su obra. Feminismo, postmodernismo, historiografía, política, intimismo, psicoanálisis, todas perspectivas que pretenden desentrañar los lados ocultos del sujeto y con él, de la sociedad en su conjunto. Todas válidas para desacralizar discursos hegemónicos porque, al final, no son más que discursos.

En “Ana Teresa Torres: entre la memoria y el tiempo”, Kellys García describe las características de la narrativa de la autora:

(...) sus textos se caracterizan por reconstruir la memoria a través de una mirada subjetiva pero con propósitos diferentes: la representación de nuevos lenguajes, temas, imágenes que definen la narrativa desde la experiencia inmediata expresada en la escritura íntima del discurso poético. (...) Ana Teresa Torres, como casi la mayoría de las escritoras latinoamericanas, rescata el personaje de la mujer recreando la problemática femenina, en donde el amor, el tiempo, la vida y la muerte constituyen las motivaciones fundamentales (2004: 172)

Y esta problemática femenina, como la denomina García, a través de la mirada de la autora venezolana es la que nos interesa revisar. Puntualmente, cómo se describe en *Doña Inés contra el olvido*, *La favorita del señor* y *La fascinación de la víctima* las relaciones de poder, entre las cuales diferenciamos las relaciones entre género de las relaciones entre clases sociales; las manifestaciones misóginas y, por último, las relaciones entre mujeres, manifestaciones de sororidad y discursos reivindicativos de la femineidad.

(...) la autoría de Ana Teresa Torres tiene un especial interés, porque confluyen armoniosamente la urgencia de marcar las huellas de la autoría femenina, la conciencia estética, las vinculaciones con la literatura venezolana, latinoamericana y de otras latitudes, la necesidad de representar a la mujer en toda su dimensión pública y privada y la

voluntad por expresar una postura feminista abierta al diálogo cultural, social, histórico, literario y político (Kozak, 2011: 165).

Capítulo II

Las historias

Siempre pudo ocurrir exactamente lo contrario de lo que la crónica consigna.

El naranjo.
Carlos Fuentes

En la mayoría de la obra narrativa de Ana Teresa Torres se privilegia la perspectiva femenina. Contar las historias de su contexto, pero expresadas desde su cotidianeidad, desde sus propias circunstancias, desde aquello íntimo que resulta fundamental en las vidas de las protagonistas (o de otros personajes que van surgiendo en el relato) ponen de manifiesto la primacía del enunciante como aquél que nunca tuvo la oportunidad de contar lo que ahora cuenta.

Una mantuana fantasma nos cuenta la historia de los últimos tres siglos en Venezuela; una musulmana del siglo XIII narra su historia personal, desde su infancia hasta sus últimos días en un pueblo recóndito de Andalucía; y una voz en tercera persona, aunque inidentificable expresamente, sugiere atisbos femeninos mientras cuenta las peripecias y conflictos personales de una psicóloga canadiense que se va a vivir a Venezuela. Tres géneros literarios distintos: histórico, erótico y detectivesco, coinciden en el protagonismo de vidas femeninas que, desde sus limitaciones, ponen de manifiesto la estructura patriarcal que las subsume.

Doña Inés contra el olvido es una novela “intrahistórica” (Rivas, 2004), esto es, una narración que pretende recrear el pasado desde una perspectiva distinta a la del poder. De este modo, las descripciones de los hechos que han cobrado valor desde la historia oficial, son mirados a través de otros ojos, de aquellos que no fueron nunca protagonistas, no de los “antihéroes”, al decir de Bajtin (1986), sino de quienes ni siquiera fueron considerados como significativos para nombrarlos. La voz de doña Inés es la voz del pasado que surge de la tumba y deambula, mientras busca los títulos de su propiedad en Curiepe que se le han perdido. Mientras busca, Venezuela sigue viviendo a su

propio ritmo, un ritmo que el fantasma de doña Inés no logra comprender del todo. Por eso va dictando lo que ve, para registrar los cambios, macro del país y micro, de su familia. Dicta y conversa con Alejandro, su marido, y Juan del Rosario, su liberto. Y con Carlos III, en una suerte de parodia en la que le cuestiona su poderío en América. Conversa con ellos, figuras masculinas que representan, en el caso de Alejandro y Carlos III, la hegemonía de su cultura, y con Juan del Rosario, que la representa a ella con el poder de quien libera a un esclavo pero exige que no se modifiquen las estructuras. Estas conversaciones, no obstante, no lo son en sentido estricto, pues no admiten diálogo. Ni Alejandro, ni Carlos III ni Juan del Rosario responden alguna vez. Doña Inés los interpela, los disminuye, los menosprecia, se burla de ellos, y no hay respuesta. No hay intercambio posible porque doña Inés hace un monólogo de su pretendido diálogo, y los receptores han pasado ahora a ocupar el puesto de los “sin voz”. Y mientras este “diálogo” ocurre, vamos conociendo a una doña Inés añejada aunque inacabada, cuyo fantasma va experimentando los cambios de cada época, cuestionando estructuras, culturas, costumbres, dándole vida a la memoria de la mantuana, impidiendo un cierre definitivo del paradigma que encarna.³

Aisa, protagonista en *La favorita del señor*, es una chica musulmana del siglo XIII, quien ha sido educada desde su temprana niñez para satisfacer a los hombres. Es ella quien nos relata su historia, desde que vivía en la “casa de las mujeres”, en la cual aprendió todas las artes de la seducción y tuvo sus primeras experiencias erótico-sexuales con su maestra-hermana y con su padre, pasando por la violencia a la cual fue sometido su pueblo por Roger, un español católico que exterminó la ciudad, llevándosela consigo a Tamarit; mostrando relaciones lésbicas con Helena, esposa de Roger, hasta manifestaciones bisexuales con Bertrand y Helena, o sadomasoquistas con fray Jerónimo. La vida de Aisa es en sí misma una tragedia: es despreciada por su madre por haber nacido hembra, salvada y criada por un eunuco, arrebatada de su ciudad natal por el hombre que asesinó a su familia, pierde a sus hijos en un incendio del castillo y se le desfigura el rostro, es prostituida por

³ Sobre la evolución de los personajes en la narrativa, véase mi artículo “El personaje inacabado (Un acercamiento a la concepción del héroe en Mijail Bajtin)”, en *Revista de Ciencias de la Educación*, 2008, pp. 221-231.

unos cirqueros hasta que es vendida a un árabe, con quien vivirá unos años hasta la muerte del anciano. Al final, se dedicará a la alfarería, mientras escribe el diario de su propia vida.

No obstante, más allá de todo este entramado trágico de la vida de Aisa, el lector es capaz de notar la presencia de la ironía en el discurso, una ironía fina cuyo objetivo no es otro que el del cuestionamiento de las estructuras hegemónicas que atentan contra una vida deseable para las mujeres, y en concreto, para una chica musulmana en un mundo cristiano, en pleno Medioevo.

Explica Lovera De-Sola (2010b) que *La favorita del señor* fue pensada por la autora, en un principio, como uno de los capítulos de *Malena de cinco mundos* (2000a). En esta novela, Torres describe la vida de cinco mujeres en diversas épocas de la historia. Cada una de estas “Malenas” vive una vida trágica, independientemente del contexto que le compete. En el transcurso de la historia, el lector da cuenta de que es la misma Malena, y que los Señores del Destino una y otra vez han insistido en hacerle vivir una vida miserable, enmarcada por el amor a un hombre y por un final trágico. En “Malena de cinco mundos (Ana Teresa Torres): representación, narrativa actual y feminismo”, Gisela Kozak analiza la propuesta discursiva de Ana Teresa Torres, en la que la perspectiva feminista que fija la mirada en la vida de estas mujeres, las narra no desde la tragedia aunque sean trágicas, sino desde la parodia y la ironía, desde la picaresca, desde la burla al orden establecido:

(...) el mayor interés de la novela no reside en una suerte de feminismo de tesis que preconiza una visión estática de la identidad de la mujer, en tanto víctima eterna de las sociedades patriarcales, sino en el hecho de utilizar estrategias del discurso pasado –la autobiografía en la antigüedad latina, la picaresca, la retórica romántica, el humanismo renacentista, asociados históricamente al ejercicio intelectual y literario masculinos- para reflexionar sobre los modos de representación del sujeto femenino (2011: 141).

Lo anterior explicaría por qué, a pesar de acompañar a Aisa en una vida de tormentos y tragedia, el lector no siente compasión por la protagonista, sino comprensión hacia ella por las situaciones hasta predeterminadas que le toca vivir. Los Señores del Destino de *Malena de cinco mundos* están sin duda

presentes en la vida de Aisa, que se han encargado de delimitar su vida como la de cada una de las mujeres que aparecen en la novela anterior.

La última Malena de la novela, la ejecutiva que vive en Caracas en el siglo XX, divorciada y con un hijo, y que lleva una vida sexual activa y desordenada, recuerda a la protagonista de *La fascinación de la víctima*. Elvira Mandigan es, no obstante, mucho más moderna y liberal que la última Malena. Se trata de una psicóloga canadiense que, enamorada de un venezolano abandona esposo, hijo, trabajo, familia y país para aventurarse en varios países latinoamericanos, culminando en Venezuela. De ello nos enteramos en *El corazón de otro* (2005), novela policíaca en la que la protagonista descubre un asesinato, el de su propio hijo, mientras ejerce como psicóloga en su pequeño apartamento en los suburbios caraqueños. Elvira decide regresarse a su pequeño y aburrido pueblo en Canadá, pero puede más la nostalgia de su vida y los códigos venezolanos, por lo cual, aunque ella no lo termine de comprender, regresa a Venezuela y así da inicio la segunda parte de la saga.

El narrador omnipresente es esta vez quien nos cuenta la historia de Elvira. Hay, no obstante, en este narrador, elementos que sugieren una voz femenina: el modo en que relata los sucesos, el énfasis que le irá dando a detalles del tipo amoroso-sentimental de Elvira, así como también el relato de los pensamientos de la protagonista, y sus encuentros con Boris, el policía amigo de la canadiense, que le da el caso de Adriana Budenbrook y la ayuda a resolverlo mientras hace con ella una terapia intermitente, por el abandono de su esposa, la separación de su hija, y el malestar que siente contra todas las mujeres, con excepción de su madre. Este personaje es clave en la narración, no sólo por su condición de policía-amigo, sino por cierto discurso misógino cargado de la gracia criolla. Una vez más, la desacralización de los discursos, ahora ubicado en la Venezuela del siglo XX, viene a caracterizar la narrativa de Ana Teresa Torres.

Capítulo III

Relaciones de poder

Prevalece que haya los otros y lo otro / la «otredad» / el más allá de mí / y el más allá de ti / la extrañeza.

El circo roto
Hanni Ossott

La búsqueda de un discurso específico pasa por establecer los supuestos que lo nutren. Como todo discurso, implica la inscripción de modelos que se establecen a partir de la mirada que sea garante de una narración que sustenta un orden simbólico determinado. Los paradigmas, estereotipos, prejuicios y, al fin, simbologías que acompañan los modos de actuar de los sujetos dentro de sus sociedades, se sustentan en la narración que los enmarca. Y es que, al hablar de relaciones de poder en cualquier orden de la vida, se sostiene un orden simbólico, que no natural, de ideas que se superponen, estableciendo valoraciones diversas entre aquellos que conforman lo social.

Subvertir el orden establecido pasa por el reconocimiento del mismo para luego desacralizarlo, ejercicio muchas veces lúdico que hace Ana Teresa Torres, en el que la parodia y la ironía juegan un papel determinante. Sobre esto, afirma María Carolina Caraballo:

(...) por una parte la parodia permite desmitificar entidades hegemónicas y, por otra, la ironía permite la elaboración de enunciados que son críticos en sí mismos y que dejan al descubierto las otras voces, o los otros sujetos, que están siendo ironizados (2008: 121).

Las relaciones de poder implican una estructura social jerárquica, en la que unos se deben a otros. El convencimiento cultural de que el orden *natural* de las cosas pasa por el establecimiento de puestos a ocupar por cada uno, en función a elementos tan diversos, presupone unas características subyacentes a cada individuo, de modo de conservar los modelos hegemónicos de la cultura.

De este modo, y aunque pudiera parecer que los contextos modifican las narraciones, lo evidente es que la estructura simbólica que sustenta a cada cual siempre parte de los supuestos previamente establecidos: las relaciones de poder hablan de un sector privilegiado, y de otro marginado. La mirada hegemónica da crédito a este orden social en tanto justifica una cierta dicotomía coyuntural: masculino-femenino, cultura-naturaleza, hacer-ser.

Así, el hombre define lo social y cultural como un todo que narra lo que compete a cada cual según el espacio que le corresponde. La narración de los sujetos, independientemente de la época, la cultura o el lugar, pretende la universalización de los puestos que a cada cual le toca ocupar y, así, el establecimiento de las relaciones entre unos y otros. El centro para algunos; la periferia para otros.

Ana Teresa Torres se vale del recurso literario para dejar constancia de lo que ya en la Historia de las mujeres se ha venido dejando en evidencia: las relaciones entre géneros, cuyo poder se centra en el varón y que deviene en las diversas culturas androcéntricas.

La historia de Aisa, protagonista de *La favorita del señor*, pareciera haber sido trazada de acuerdo a una concepción evolucionista de la Historia de las mujeres, a saber: recibe una educación cuyo fin es agradar a los hombres; es violentada al ser raptada y permanecer en cautiverio, pero su condición actual la obliga a establecer nuevas relaciones con otras mujeres; la presencia de otro hombre y nuevas concepciones induce en ella el cuestionamiento de sí misma y de su vida, lo cual trae de suyo que decida irse a buscar su propio camino. Al irse sola queda en completo desamparo y su vulnerabilidad la convierte en víctima, objeto nuevamente, y su única salvación es la de venderse a sí misma como esclava. Es decir, después de haber conocido la libertad, sus circunstancias la incitan a volver a su condición mujer-objeto. Por último, su verdadera emancipación consiste en la muerte de su amo, es decir, la labor de alfarera, esto es, su trabajo cuya fuente de ingreso le garantiza su independencia, no sería tal sin la muerte del hombre que la compró cuando casi moría de hambre y frío.

Veámoslo con más detalle: hasta los trece años, Aisa estuvo en la “casa de las mujeres”, que era el espacio en el que se educaba a las niñas, hijas de las mujeres que conformaban el harem del valí. La educación cubría todos

aquellos elementos que, de acuerdo a la autora, dentro de la cultura musulmana se consideran virtudes en las mujeres. A juzgar por las diversas áreas (danza, nado, cocina, higiene corporal, música, poesía), las niñas eran educadas para conocer sus cuerpos y saber estimular los cuerpos de otros. Es, sin duda, una educación que se sustenta en saber dar placer, lo cual nos muestra la primera relación de poder: la vida de Aisa se justificaba en tanto daba placer a su señor, sea éste quien fuera.

Como ha sido educada para ello, Aisa no se cuestionará ser nada más que instrumento de placer de los hombres, hasta ya muy avanzada la novela. La protagonista le encuentra sentido a su vida en la medida en que hay algún hombre al cual satisfacer, porque ha aprendido a ver su cuerpo “como territorio erótico y como vehículo para recorrer otros caminos del erotismo” (Caraballo, 2008: 24). Así, primero será con su propio padre, cuando ella aún era una niña. Luego, el mismo día en que ve a su familia masacrada por las huestes de Roger de Tamarit, complace a este último. Resulta curioso que Aisa no manifiesta resentimiento contra Roger en el ámbito sexual, ni siquiera aquella primera vez, cuando acababa de ver morir a su familia. Torres plantea esta situación como parte de la vida de Aisa, como algo que simplemente no se cuestiona.

En *Doña Inés contra el olvido* se muestra una visión semejante en cuanto al cuerpo. Doña Inés recuerda a Alejandro, su esposo, y su relaciones con algunas esclavas de la hacienda. Ella, como la legítima, como mujer principal, como mantuana al fin, que se debe a comportamientos rígidos signados por la cultura para mujeres de la aristocracia (terratenientes, en el caso que nos ocupa), comprende su cuerpo como espacio para la procreación y continuidad del linaje. No obstante, la voz de ultratumba que ha seguido de cerca el desarrollo de la historia de Venezuela, ahora que ya no tiene cuerpo se cuestiona sobre el mismo en relación a su marido y a sus apetencias. El recurso del fantasma pone de manifiesto que aún, a pesar de los siglos transcurridos, la percepción que la mujer tiene sobre su propio cuerpo no varía: sigue siendo la misma, sostenida bajo la perspectiva de la estructura patriarcal:

Me desagradaba encontrar en tu cuerpo el sudor de las negras (...).
Pero finalmente, poco importa, si confieras que también en mí, bajo las

sábanas de hilo, dejaste con ternura tu simiente entre mis piernas (...). ¿Sólo amaste en mí la pureza del linaje, la cercanía del parentesco y la continuidad de las costumbres? (...) dime que mi cuerpo fue también pasto de tu codicia... (2008a: 25).

A diferencia de Aisa, el cuerpo de doña Inés sólo le “perteneció” a Alejandro. Torres explica, en *Historias del continente oscuro*, que la fidelidad de la mujer garantiza el patrimonio del marido, en la medida en que ella misma forma parte de ese patrimonio (2007: 211). No así la fidelidad del hombre, y la propia doña Inés se lo echa en cara a su marido: “No te bastaron los cuatro varones que te parí, querías esparcer tus semillas y sentirte otro Dios creador del universo, inventor de razas...” (2008a: 51). Pero es que el sitio que ocupa Aisa en *La favorita del señor* es el equivalente al de las esclavas en *Doña Inés contra el olvido*, en cuanto a patrimonio se refiere: doña Inés es la legítima, la que le añade al apellido de Alejandro prestigio y suma hectáreas de sus tierras; Aisa, por el contrario, es posesión “legítimamente” adquirida por cuestión de guerra para la causa cristiana, y su adquisición suma el patrimonio, lo cual explica por qué la musulmana no guarda su cuerpo para un solo hombre, sino que es objeto del que sea su dueño.

Así como con Roger, Aisa dará placer a otros hombres que son la extensión de su dueño, de modo que Enric, el hijo de Roger, y Tadeo serán receptores de este placer. No será hasta que Aisa conoce a Bertrand cuando comience a cuestionarse a sí misma y el objetivo de su vida. Nunca antes se había pensado a sí misma lo cual implica que nunca había puesto en entredicho su educación. No obstante, al ser rechazada por Bertrand porque, según él, el amor debía trascender lo corporal, Aisa queda desconcertada y frustrada. Vale la pena detenernos aquí y revisar el cuestionamiento que la protagonista se hace en este momento:

¿Qué era yo para ellos? ¿Qué había sido yo para Helena más que una sierva, que lo mismo podía alcanzarle el cofre de sus vestidos que enseñarle un mejor ritmo para el placer que el que ella podía darse a sí misma? ¿Qué había sido yo para Roger sino un cuerpo destinado a su contento, elegido para su contento, desbordado en su contento? ¿Y Enric? ¿Había sido yo para él algo más que la iniciación de un muchacho tímido que sigue las huellas de su padre? ¿Acaso Al-Munim volvió a recordar la noche en que me tuvo cuando el sol oscureció de

nuevo y llamó a su lado a cualquier otra de sus concubinas? ¿Recordó que era mi padre entre tantos hijos e hijas como tenía? (2010: 68-69).

Aisa, que estuvo al servicio de Helena, le enseñó a conocer su cuerpo, a darse placer a sí misma y a otros. Pero no es hasta ese momento cuando Aisa se da cuenta que no ha sido valorada por ninguno de los hombres a quienes les ha servido, sino incluso la misma Helena no es capaz de reconocerla como sujeto, sino como instrumento de compañía en su soledad, o como transmisora de conocimiento que no es igual, al menos en este caso, a maestra.

Pero, con este cuestionamiento, Aisa toma conciencia de sí misma y de lo que ha sido su vida hasta entonces: una vida subyugada, al servicio de todos los demás, en relación con los demás, cuyo único propósito es el de brindarles placer. Ella había sido el espejo a través del cual los demás se reafirmaban en lo que eran, un reflejo, una relación, un instrumento, nunca un sujeto que valiera por sí mismo. Como afirmará más adelante: “Nadie me había amado nunca” (2010: 69), y nadie podía haberla amado porque no se ama lo que se considera inferior, o lo que no se considera en absoluto. “Quería, por primera vez, no ser lo que yo era, un cuerpo educado para el goce, sino alguien capaz de hacer sentir a otro mi existencia” (Ob. cit.: 79-80). Y este proceso de reconocimiento de sí misma, de autoconciencia, será el primer paso para lo que luego será su intención de emancipación.

La autoconciencia se muestra de otro modo en *La fascinación de la víctima*, cuando Elvira retoma sus encuentros con Richard Wood, hombre atractivo con quien tal vez pueda entablar una relación. Pero es que Elvira es una mujer “moderna”, al decir de la última Malena (2000a), y su relación con los hombres es distinta a la de Aisa, a la de doña Inés, aunque el núcleo pareciera ser el mismo: el amor y el reconocimiento propio a través de él. En todo caso, Elvira se piensa a sí misma y su vida hasta entonces a través de lo que va ocurriendo con Richard, y llega a la conclusión de que no hay escapatoria al aburrimiento: “Una mujer que deja su país, su marido, su hijo, sus padres, su casa y su trabajo por alguien no piensa en eso (en el aburrimiento)” (2008b: 49). Desde que Elvira se fue con Santiago, su vida había dado muchas vueltas, y una de ellas era la ruptura de diversas relaciones como consecuencia de este aburrimiento que generaba la pareja. Lo mismo ocurría ahora con Richard, pero

la edad de Elvira, y el saberse ya mayor (lo cual resta exigencias) parecía implicar la resignación ante lo obvio: “Al fin y al cabo, compramos y vendemos nuestra soledad” (2008b: 49).

La soledad y el aburrimiento, los desórdenes sentimentales frente a las convenciones siempre terminan caracterizando a las mujeres que pretenden revertir las relaciones de poder, y quedar ellas al frente. Adriana Budenbrook, la paciente de Elvira, cuenta que se siente muy sola. Treinta y ocho años, divorciada, sin hijos, le entregó toda su vida al ejercicio docente en la universidad donde ha trabajado desde siempre. Tiene un amante que no se decide a dejar a su esposa y ella, que queda a la espera, siente que ha perdido el tiempo, que no había valido la pena la entrega a su profesión, que quizás una entrega más valiosa hubiese sido a su marido. La consecuencia, de acuerdo a ella, es la soledad actual (2008b: 27).

Lo curioso de esta explicación de Adriana es que su terapeuta la entiende perfectamente, pues ella vive su propia soledad. Desde que abandonara a su esposo y a su hijo, y se fuera a Venezuela con Santiago ya nada fue igual. La relación con él no funcionó, así que su vida emocional se volvió inestable, sin ánimo de compromisos, pero tampoco de sacrificar su sexualidad. Los encuentros fortuitos se van multiplicando, pero “A los cuarenta y nueve años una mujer no puede llamar a un hombre sin excusas” (2008b: 29), y cuidar las apariencias implica dificultar los encuentros, así como simplificar la vida, por lo cual Elvira se compra un perro.

La desacralización de los eventos es explícita en este caso. Elvira ha retornado a Venezuela, estableció nuevamente su consultorio, tiene sólo dos pacientes cuya paga apenas alcanza para los gastos del mes, siente antipatía por una de las pacientes, antipatía que le altera los nervios y, para colmo, siente que necesita la compañía de un hombre, tanto en lo sexual como en lo emotivo. ¿Cuál es la mejor solución? Un perro, que la acompaña incondicionalmente, y que, más allá del sexo, sustituye perfectamente a cualquier varón.

Pero las relaciones de poder no sólo se manifiestan entre parejas o en ámbitos exclusivamente sexuales. En *La fascinación de la víctima* aparece un personaje que encarna todo lo despótico que puede llegar a ser quien se asume como centro y propagación del sistema: Pablo Narval. Es Adriana la

primera en nombrarlo, pues él y su hermana fueron asesinados el mismo día, en un homenaje que le hicieran a Narval, escritor venezolano que vivió toda su vida entre Francia y España. Narval despreciaba Venezuela porque no recibió de las instituciones del país ninguna ayuda económica para su desarrollo literario, por lo cual le tocó trabajar en actividades mucho menos lucrativas y, sobre todo, ajenas al ejercicio narrativo. En todo caso, su desprecio por Venezuela era equivalente a su desprecio por las mujeres que no estaban dispuestas a permanecer bajo su servicio. En ocasión de la organización de su homenaje, una periodista, Joanna Macari, cuenta:

Dejó de ser el caballero que había sido conmigo, bastante galante, durante toda la semana de conferencias y de ruedas de prensa. Se convirtió en un viejo insoportable, insultante. Me llamó mediocre, incapaz, qué sé yo. Me aguanté aquella sarta de ofensas, y cuando se calmó le pregunté cuáles modificaciones quería incorporar porque había poco tiempo (2008b:104).

Dos opciones en torno a las relaciones de poder entre género son las que ofrece Ana Teresa Torres en su discurso: la de la mujer que se asume a sí misma en función del varón o, por el contrario, la desacralización de este paradigma, a través de la burla o de un empoderamiento discursivo y sobre todo ficticio, que invita a la banalización de la estructura patriarcal, revirtiéndola. En *Doña Inés contra el olvido* lo vemos a menudo, cada vez que el fantasma de la mantuana se dirige a Carlos III, rey de España para la época en que se le perdieron los títulos de las tierras y empieza el litigio con los negros.⁴ Carlos III es, sin duda, la representación de la autoridad y el poder máximos en lo que refiere a la Venezuela colonial, pero debilitado por la distancia entre continentes, así como también por las ideas emancipatorias que surgirán posteriormente.

⁴ “Los españoles y sus descendientes llevaban sobre sí la vergüenza de haber perpetrado una invasión violenta (...). Por ello, sólo la independencia redime a los blancos, ya que toda su civilización es considerada desde la negatividad de la explotación y la crueldad. Los aborígenes, destruida su cultura y alterados sus modos de vida, permanecieron en estado de humillación y marginalidad. No se conservó en Venezuela el orgullo prehispánico que sigue vigente en otros países de la región (...). La esclavitud de los africanos los colocó en el desarraigo de sus culturas de origen y en la situación de trabajo forzado en beneficio de los criollos blancos. Éstos, a su vez, se percibían en condiciones de inferioridad con respecto a los blancos peninsulares” (Torres, 2009: 94). Para más referencias sobre la situación de conflicto entre negros y blancos criollos, véase de Ana Teresa Torres (2009), *La herencia de la tribu*.

Doña Inés establece un monólogo cuyo receptor es el rey, y le habla de este modo: “¿No tenías más que hacer, Carlos Tercero, que darles audiencia a los negros de Curiepe?” (2008a: 40); “Hubieras tenido que venir tú en persona, Carlos Tercero, remando o nadando, para que les pagara yo las bienechurías (...)” (Ibid: 41); “Pues te hubieras quitado la peluca y venido tú mismo a meterlos en cintura” (Ibid: 42); “(...) tres siglos teniendo a los negros a raya y los tiras de un plumazo” (Ibid: 45); “¿No sabes tú que cuesta bastante mantener a un esclavo para después malograrlo a golpes?” (Ibid).

Al final, doña Inés se pone a sí misma a la par que el mismo rey: lo tutea, lo reta, lo ridiculiza, deja en evidencia su ignorancia. Dejar en evidencia que la jerarquía, en este caso consecuencia de modelos políticos, es un contrasentido si quien ostenta el máximo poder no lo merece, es un recurso ingenioso del que se vale la autora para explicitar que la estructura dominante carece de fundamento. Lo mismo hace con Alejandro, ya que en reiteradas oportunidades lo tilda de “muerto tonto”, que no entiende nada de lo que ella le cuenta y sigue pensando en el precio del cacao, cuando el país va pasando de colonia a República, o del federalismo al liberalismo, a dictaduras, a democracia, a clientelismo, etcétera. Alejandro no entiende nada de estas cosas y, si bien doña Inés tampoco, hace su mayor esfuerzo, mientras le recrimina al marido su ignorancia supina.

Curiosamente, doña Inés se describirá luego a sí misma en términos nada halagadores:

No lo sé, Alejandro, no tengo luces para entenderlo, sabes que soy una mujer sin letras que únicamente aprendió a leer y a garabatear unos palotes desmañados; todos mis escritos fueron obra de escribanos y nunca tuve en mis manos más de dos o tres libros de la biblioteca de mi padre (...). No era mi misión entender la política de los hombres, sino vigilar el trabajo de los esclavos, cuidar de mis diez hijos, perpetuar mi especie y arraigarla en la provincia, conservar mi patrimonio, velar por mis legitimidades y defender mi limpieza de sangre (2008a: 93).

La cita deja en evidencia tres cosas: la primera, en qué consistía ser mujer (blanca, mantuana, terrateniente); la segunda, la relación de poder no sólo es entre géneros, sino entre castas –y posteriormente entre clases–; y, por último, que una mujer con las características que ella misma se atribuye, y que

no son otra cosa que las características que el orden patriarcal ha establecido, se enfrente a hombres como el rey o su propio marido, pone de relieve la poca lógica que sustenta cada rol dentro de semejante estructura. Nuevamente, Torres ironiza sobre las relaciones de poder, así como también sobre el curso de cada uno de sus agentes.

Aisa, doña Inés y Elvira son tres modelos de mujer que reflejan que, a pesar de la diversidad en las manifestaciones de las relaciones de poder, lo que las sustentan son lo mismo: una estructura cuya lógica se fundamenta y nutre de un orden patriarcal. Para que sepamos de sus vidas, fue necesario que Aisa la escribiera, doña Inés la dictara y existiera una voz narrativa femenina que se interesara por Elvira. De lo contrario, la relevancia de ellas hubiese sido desplazada a Roger y Bertrand, a Alejandro y Carlos III, y a Boris, que seguramente se habría quedado con el crédito de las investigaciones sobre los asesinatos. Los contextos histórico-ficcionales de *La favorita del señor* y de *Doña Inés contra el olvido* invitan a Torres a un ejercicio intrahistórico, como lo señala Rivas. En *La fascinación de la víctima* prima el contexto contemporáneo, lo cual pone de relieve a un sujeto más accesible, Elvira.

No obstante, la soledad de las tres en la culminación de las novelas (Aisa, tras conseguir su libertad; doña Inés por su condición de fantasma que recorre la historia y Elvira, al regresar a Canadá) tiene un dejo pesimista: pretender revertir la estructura patriarcal en las relaciones de poder trae de suyo la reivindicación de las mujeres, pero a cambio de su vida familiar y emocional. Subvertir la estructura implica de suyo alejarse de los modelos que la conjugan, de modo que la soledad es la única consecuencia posible para mujeres como las descritas por Ana Teresa Torres. La soledad o la muerte, que al caso es lo mismo.

Capítulo IV

Misoginia

Por tu mal comportamiento te vas a
arrepentir / bien caro tendrás que pagar
todo mi sufrimiento. / Llorarás y llorarás sin
nadie que te consuele / así te darás de
cuenta que si te engañan duele.

Llorarás y llorarás
Oscar D'León⁵

Su gabana siempre lo endulzaba con estas
bellas palabras:

¿Quereis que te atienda, gabino?
¿Quereis que te bese, gabán?
¿Quereis que te sirva la mesa?
¿Quereis que me ponga a pilar?
¿Quereis que te alise el copete?
¿Quereis que me ponga a lavar?
¿Quereis que te planche el liquiliqui si es
que vas a parrandear?

El gabán⁶ y la gabana
Héctor Hernández⁷

La violencia contra un “otro” tiene como fundamento su dominación y posterior sujeción. La violencia entre países se justifica bajo diversos argumentos, como emancipación de los pueblos, libertad, moralidad, justicia y cualquier otro apelativo que se enmarque entro de alguna noción ética. Asimismo, la dominación a la naturaleza pasa por ejercer la violencia contra ella para apropiarla, luego de lo cual se pretende transformarla en aras del progreso, los avances científicos y el bien común. La lógica de dominación parte de un mismo supuesto: el hombre debe señorear sobre todas las cosas, como ha dicho Jehová en el Génesis.

Para ejercer esta violencia, es menester que el que pretenda la dominación se considere a sí mismo superior al otro, lo cual refuerza no sólo su convicción, sino a su vez, su conducta. Es el caso en la violencia contra la

⁵ Cantante venezolano de salsa.

⁶ Gabán, de acuerdo al RAE: “Ave zancuda de las Ciconiformes, con plumaje blanco y algunas plumas negras en las alas y la cola, pico largo, grueso, de color negro grisáceo”. Los hombres en los Llanos venezolanos suelen compararse con las aves, así que ha de entenderse el gabán por un hombre, y la “gabana”, por una mujer.

⁷ Cantante venezolano de música llanera.

mujer. Dentro del orden simbólico patriarcal, la mujer es cuerpo. Es decir, la noción “mujer” está cosificada, y las narraciones cotidianas de la vida en sociedad alimentan esta cosificación. La apropiación del objeto puede ser de muchos modos, a través de la compra, del acuerdo entre iguales como un traspaso o de la violencia. Desde la comprensión que tenemos de las cosas, los objetos no participan de las decisiones que se toman en torno a él, lo cual implica que esté aceptado de común acuerdo patriarcal que la decisión sea unilateral.

La mujer es cuerpo para dar placer al hombre; es cuerpo para procrear; es cuerpo para cuidar otros cuerpos. De modo que es un cuerpo al servicio de otros intereses, distintos a sí misma: al hombre, a los hijos, a la familia. Ana Teresa Torres, en *Historias del continente oscuro*, lo explica:

El cuerpo de la mujer es un objeto fragmentado, y con diferentes dueños. Por una parte, es el campo del placer del hombre, y en esa medida su cuerpo es una ofrenda, y por tanto debe tener perfil deseable de acuerdo con las épocas y los usos. La idea de que la mujer puede apropiarse su cuerpo para su propio placer es relativamente reciente, y no del todo aceptada, dependiendo mucho esta aceptación de la cultura grupal. La idea de que el hombre tiene derecho al placer de su cuerpo pareciera ser universal. La lenidad con la que ha sido tradicionalmente tratado el violador es un ejemplo de esta prerrogativa autoasignada. Pero este cuerpo que es para el placer, fundamentalmente del otro, es también el escenario en el cual ocurre la maternidad: la mujer debe estar, por lo tanto, disponible para ejercerla y para entregar su cuerpo al hijo (2007: 218).

Cuando este cuerpo no está en disposición de satisfacer las demandas de los otros, o no las cubre de acuerdo a las expectativas, la relación de dominador – dominada se justifica, y podría surgir la violencia contra la mujer. Dicho de otro modo: la violencia viene implícita en el orden simbólico patriarcal en tanto el contenido de la noción de mujer es de índole discriminatoria, cuya única valoración es estar al servicio de otros cuerpos. Las relaciones de poder pasan por la cosificación del otro para justificar la imposición de la fuerza, y así reducir al contrario.

La misoginia es el sustento que alimenta a la violencia de género y amerita una especial consideración. Pensar a la mujer como biológica, moral o intelectualmente inferior es un rasgo característico del orden patriarcal, porque

justifica de ese modo las relaciones de poder y su jerarquización que, indudablemente, favorece a los varones. Numerosos autores de reconocida trayectoria han dejado constancia de su desprecio hacia las mujeres. En uno de los extremos, tenemos la construcción de la idea de mujer como un ser humano incompleto. En el otro extremo, la satanización del género, que consiste en el paradigma de Eva, la mujer que condujo al hombre al pecado. En todo caso, los presupuestos misóginos se sostendrán en la idea de que la mujer es despreciable en sí misma. De ahí que surgiera el modelo de la mujer ejemplar, sumisa, silente, entregada, arrinconada en casa con los hijos, buena esposa, hacendosa, y demás. Las características de la mujer “virtuosa”, tal y como están contempladas en la simbología patriarcal, surgen de la visión misógina que sostiene que la mujer debe permanecer separada del orden de las cosas.

En diversos momentos de las narraciones, Ana Teresa Torres pondrá en evidencia ciertos rasgos misóginos en algunos de sus personajes masculinos. *La favorita del señor*, como es de suponerse, no escapa de este tipo de discursos, pero resulta sumamente curioso cómo los usa la autora para evidenciar justamente lo contrario a lo que se espera. Quizás sea en este apartado en el que la autora se vale más aún del juego desacralizador.

En una oportunidad, Enric y Aisa juegan ajedrez y el chico se molesta porque Aisa va ganando la partida:

- ¿Quién te enseñó a jugar? – me dijo una vez que le gané varias partidas seguidas.
 - Tamím, el eunuco.
 - ¿Y qué es un eunuco?
- Se lo expliqué y eso lo enfureció más.
- ¿Cómo un hombre convertido en mujer puede jugar tan bien el ajedrez? – contestó airado.
 - Pues yo soy mujer y te he ganado varias veces (2008b: 28).

Para Enric, cuyas referencias femeninas se reducen a sus hermanas menores y a su madre, que no recibió ningún tipo de educación, que resulta una mujer ejemplar de acuerdo a los paradigmas patriarcales vigentes en la Edad Media española, resulta inadmisible que una mujer sea capaz de jugar al ajedrez y mucho menos, ganarle. Curiosamente, la imagen del eunuco es clave

para ironizar sobre la misoginia del joven: “un hombre convertido en mujer” deja claramente evidenciado que la misoginia se nutre de la concepción falocéntrica y que al final, aún cuando se insista en que en el varón se reúnen todas las características deseables: razón, universalidad, progreso, inteligencia, esta escena ofrece al lector un reduccionismo perfecto: que el varón lo es en tanto su falo, y desprenderse de él implica dejar de ser varón.

Mientras Elvira, en *La fascinación de la víctima*, hace sus investigaciones sobre la muerte de Sofía y Narval, va necesitando información extra que se conserva en la delegación de policía. Boris, que resulta un personaje particularmente simpático a pesar de sus rasgos misóginos, le va facilitando las pruebas que ella va pidiendo. En una oportunidad le entrega la bala que asesinó al escritor, pero sin el informe y explica: “Hay un informe de balística pero usted no sabe nada de eso, no le servirá de nada” (2008b: 24). El lector que ha seguido la saga, que conoce la trama completa de *El corazón del otro* y que sabe que Elvira fue quien resolvió el caso anterior, no puede dejar de sonreír ante la afirmación de Boris, pues es un desprecio injustificado y él mismo lo sabe. Es probablemente la costumbre de asumir a la mujer de un modo, y por más que la evidencia exija lo contrario, la resistencia del varón ante otra visión de mundo pareciera insostenible.

Hay otro momento que ejemplifica muy bien la misoginia de Boris: está conversando con Elvira sobre la ruptura con su esposa, sobre su nueva novia, sobre sus hermanas, y la voz narradora cuenta al lector sus pensamientos:

La única mujer que lo quería era su mamá, siempre pensaba en él, en tenerle su ropa y su comida, en ayudarlo a superarse. Siempre se sacrificó por su futuro y sin pedir nada. Hasta le daba pena cuando él le pasaba dinero, no le gustaba aceptárselo. Tienes una mujer y una hija, piensa en ellas, no en nosotros. Su mamá merecía todo. Las mujeres eran egoístas, sólo servían para reclamar y pedir (2008b: 302).

La madre de Boris es el fiel retrato de la madre de dios: esa mujer ejemplar, abnegada, que es capaz de entregarlo todo por la felicidad de su hijo. Ni siquiera necesita dinero: ella sola puede con las circunstancias y es justamente por eso que lo merece todo, de acuerdo a Boris. Las demás son egoístas porque no son abnegadas como su madre, y las mujeres, todas y

cada una de ellas, deben ser como la madre, pues es el paradigma de la mujer dentro del sistema patriarcal.

Hay un personaje curioso en *Doña Inés contra el olvido*. Se trata de Dominguito, Domingo Sánchez. Es, probablemente, la mejor caracterización del político venezolano, arribista, corrupto, desvergonzado. No es un personaje simpático, como el policía de *La fascinación de la víctima*. Domingo Sánchez es un sujeto despreciable, capaz de entregar a una jovencita al dictador de turno para que éste satisfaga sus deseos de poseer a una virgen. Resulta aún más impactante porque esta jovencita era Magdalena, su novia. No es fortuito que la autora escogiera ese nombre para la niña: así como Eva, Magdalena también está estigmatizada, y forma parte de la simbología que llena de contenido las actitudes misóginas. Pero en este caso es al contrario: Magdalena es una chica ingenua, de pueblo que, si bien vive en un burdel, trabaja allí de servicio, limpiando la casa, lavando la ropa de las mujeres, atendiendo en la cocina.

Pero es que lo de Domingo Sánchez empieza cuando era un niño, como lo recuerda doña Inés. La única imagen de mujer para Dominguito era Rosa Margarita, una anciana desdentada, que iba de un lado para otro de la casa refunfuñando, hablando para sus adentros. Dominguito la despreciaba porque era vieja, fea e inútil:

No le gustaba pensar que la vieja Rosa Margarita era toda la presencia de mujer que conocía, y no le gustaba ver a otros niños, en las puertas de sus casas, sentados alrededor de mujeres jóvenes y hermosas, mulatas de cuerpos llenos y largas risas; entonces salía corriendo, corría muy lejos y echado en el monte, mirando al cielo y las nubes blancas, se acariciaba el miembro hasta hacerlo saltar (2008a: 107).

Domingo Sánchez se casará con quien fuera la nieta de la niña Isabel, nieta a su vez de doña Inés, Belén, quien le será infiel con León Bendelac, judío comerciante que trabaja en una joyería del centro de Caracas. Doña Inés sigue de cerca esta relación y, muy a pesar de los prejuicios de la manutana fantasma, afirma que esta infidelidad de su pariente es su venganza por haber entregado a Magdalena: "(...) el pecado de Belén es mi venganza (...). Domingo Sánchez deja saldada su deuda con las mujeres de la casa de San Juan." (2008a: 174).

Bertrand, en *La favorita del señor*, es otro personaje misógino al cual hay que prestar atención. En dos momentos específicos de la narración, Bertrand manifiesta abiertamente un discurso misógino, aunque en su comportamiento en general hacia Aisa es más que evidente. El primero ocurre una vez que Helena quiere que Aisa vuelva a su lado, y que sea nuevamente su compañía y, naturalmente, de Bertrand:

- Puesto que ya no tengo damas, necesitaré a Aisa cerca de mí. Ella recibió una educación mucho más exquisita que la mía y su conversación y sus poemas te serán muy gratos.
- ¿Sabes muchos poemas? – me preguntó con cierta burla en su tono.
- Los sabía, pero hace muchos años que salí del palacio de mi padre y no he vuelto a leerlos.
- ¿Sabes leer?
- Leo y escribo el árabe, juego el ajedrez y tocaba el laúd. ¿Qué más quieres saber? – contesté airada.
- Pensé que las moras eran más sumisas – se rió (2008b: 61).

El segundo episodio ocurre en el capítulo IX, en el que Bertrand propone jugar al ajedrez, caballero contra damas:

- Juguemos al ajedrez – propuso Bertrand.
- Pero es un juego de dos – contesté.
- Caballero contra damas. Un hombre vale más que dos mujeres. Dispusimos la partida y Helena y yo ganamos rápidamente.
- Vaya con la morita – exclamó Bertrand – Has dirigido muy bien tus piezas porque yo estaba distraído, hagamos otra. Iniciamos un segundo juego y esta vez fue algo más lento, pero Helena aceptaba sin discusión mis movimientos y de nuevo conseguí ganarle. Bertrand estalló en risas. Estaba de muy buen humor y que yo le ganara lo hacía sentir como un niño desafiado.
- Dejemos el ajedrez para otra ocasión porque mi honor se verá maltrecho. Nunca había jugado con una mujer que pensara como un hombre.
- El ajedrez no tiene sexo – le contesté.
- Eres tú muy resabida, Aisa, siempre tienes una respuesta. ¿No te enseñaron que la mujer es alumna y el hombre maestro?
- Todas mis maestras fueron mujeres (2008b: 77–78).

El juego del ajedrez, así como en el ejemplo con Enric, resulta un recurso formidable para dejar en evidencia que el discurso misógino carece de contenidos objetivos. Al comentario de Bertrand, “Nunca había jugado con una

mujer que pensara como hombre”, sorprende la respuesta de Aisa, porque es una respuesta inteligente, que si bien no desmiente la posibilidad de que una mujer piense como hombre, al final refuta en tanto el ajedrez es un juego neutral, sin sexo, y esta respuesta implica de suyo que la inteligencia tampoco tendría sexo. Esto es, su respuesta muestra la minusvalía intelectual y moral de Bertrand, lo cual la engrandece a ella y a él lo disminuye enormemente.

Vale la pena un último ejemplo de misoginia, que nos permite mostrar cómo la violencia de género se nutre de ella: Adrian Budenbrook. En *La fascinación de la víctima*, Adrian es un personaje al que nunca llegamos a conocer. Sólo a través de la narración que hiciera Narval desde la información que le diera Sofía sobre su padre, es que sabemos de su existencia. Adrian es un hombre exitoso, arquitecto nacido en Alemania pero que vivió la mayor parte de su vida en Venezuela. Altamira, una de las urbanizaciones más modernas de la Caracas de los años sesenta, debía sus edificaciones al ingenio de una compañía de arquitectos, en la cual él era uno de los socios. Sofía, amante de Adrian (y se intuye que por ella, su hija menor también recibirá ese nombre), formaba parte de la sociedad. Torres la describe como una mujer inteligente, creativa y hermosa. A través de la narración es posible entender que debido a la creatividad de Sofía, la constructora logra establecer su firma del modo en que lo hizo. Adrian entendía más de otras cosas, como los negocios. Ya consolidados como compañía, con el prestigio suficiente, casado y con hijos, Adrian siente que su vida es perfecta, regida según el orden de las cosas. No obstante, Sofía queda embarazada de Adrian y, a pesar de que él no estuviera de acuerdo, decide tener al bebé. En el documento escrito por Narval podemos leer lo que sigue:

Sofía con un hijo sería una mujer vulgar, una mujer como cualquier otra, que engordaría su cuerpo y cerraría su espíritu con las preocupaciones caseras que trae un niño. Josefina lo haría con elegancia. Sofía lo haría con vulguridad (2008b: 201).

Josefina, su esposa, había sido escogida para perpetuar el apellido, para tener hijos, para que llevara la casa, para dar prestigio a la familia. Sofía había sido escogida para su propio placer. Ambas cosas debían permanecer separadas de acuerdo al orden que Adrian había establecido para su vida. Un

cuerpo para la maternidad, otro cuerpo para la sexualidad. Que Sofía alterara el orden de las cosas significaba trastocar la estructura simbólica de lo correcto para la vida:

Adrian Buddenbrook volvió para ver a su hija, una niña nacida como un gatito. Se aproximó a la cuna, sintió su respiración y apoyó su mano sobre ella. Luego avisó a la empleada que la niña estaba dormida y que no entrara a despertarla.
El desorden había sido curado (2008b: 203).

Según podemos intuir en la cita, que es el párrafo final del texto de Narval, Adrian decide recobrar el orden de su vida a través del asesinato de su propia hija, “una niña nacida como un gatito”, sin planificar, sin que tuviera espacio en un mundo tal y como él lo había concebido. No era Sofía a quien correspondía la decisión de tener a la niña, sino a Adrian, porque Sofía sólo era cuerpo para el placer. De modo que la violencia ejercida queda plenamente justificada: ante la desviación monstruosa de Sofía, ante el desacato, el orden patriarcal representado por Adrian Buddenbrook ha quedado recuperado, sin dejar huellas de la infamia.

Pretender revertir el orden patriarcal trae consecuencias y en este caso, la muerte de una niña en manos de su propio padre es la mejor demostración de que dentro de un orden establecido, la misoginia siempre será el primer paso para la violencia. La lógica de dominación pasa por la exigencia de conservar el mundo tal y como lo pretende el dominador.

Capítulo V

Sororidad

Malena sentía una nostalgia en su educación y era la de no haber encontrado una mujer maestra. Todas sus amigas sabían más o menos lo mismo que ella acerca de la vida en general. (...) Ella hubiera querido una amiga que fuera una mujer definitivamente sabia, y no la había encontrado.

Malena de cinco mundos
Ana Teresa Torres

Para que el patriarcado se estableciera como estructura, fue necesario un pacto entre hombres, que consiste en el apoyo mutuo y en la construcción jerárquica de las sociedades. “Fraternidad”, que etimológicamente significa cualidad de hermano, es lo que surge de este pacto. En todos los ámbitos del quehacer social, los varones enarbolan la fraternidad para dar frente a circunstancias diversas, como la lucha obrera, las decisiones ministeriales, las resoluciones eclesiásticas, diversiones, encuentros y un largo etcétera.

“Frater” es masculino, así que no hay espacio para las mujeres ni en el contenido implícito de la palabra, ni en su aplicación. Este tipo de hermandad no admite presencia femenina, pero tampoco admite grupos exclusivamente femeninos. Está circunscrito culturalmente que las mujeres se deben a los hombres, y se justifica su presencia en diversos espacios en tanto redundan en el beneficio masculino. Desde el pensar misógino, si una mujer es indeseable, un grupo conformado por mujeres es peligroso. De modo que se ha pretendido que la enemistad entre el género femenino sea una constante, que se sustenta en diversos argumentos, algunos del tipo biológico, otros del tipo religioso, y por último, los del tipo moral.

Los estudios feministas, dando cuenta de la exclusión a la que han venido siendo sometidas las mujeres a lo largo de la historia del sistema patriarcal, coincidieron en que era necesario un pacto entre mujeres de modo de establecer el norte de la lucha. Este pacto pasa, en principio, por el reconocimiento de que la enemistad entre el género no es natural sino

construido y que alimenta el orden simbólico androcéntrico, por lo cual es imprescindible apoyarse las unas con las otras. De ahí surge el término “sororidad”, que Marcela Lagarde lo describe del siguiente modo:

(...) pacto político de género entre mujeres que se reconocen como interlocutoras. No hay jerarquía, sino un reconocimiento de la autoridad de cada una. Está basado en el principio de la equivalencia humana, igual valor entre todas las personas porque si tu valor es disminuido por efecto de género, también es disminuido el género en sí (2009: s.p.).

La modificación de las estructuras patriarcales y de la discriminación de género amerita una alianza entre las que históricamente han sido discriminadas. En principio, para protegerse del sistema, y luego para superarlo. La lucha individual, ya lo ha mostrado reiteradamente la historia, no cosecha frutos. Es menester la lucha colectiva, y el primer paso para ello es la sororidad.

En las tres novelas analizadas es posible tropezarse con varios ejemplos, no de sororidad entendida como lucha política, sino en principio como apoyo entre mujeres. Este apoyo pasa por la transmisión de saberes y, aunque no implica una relación jerarquizada como se entiende dentro del orden falocéntrico, sí se evidencia la relación maestra-alumna.

En *La favorita del señor* nos encontramos con esta relación en tres oportunidades: el primer momento ocurre cuando Aisa aún es una niña y vive en la “casa de las mujeres”. Naryis, su hermana, le ha estado enseñando algunas técnicas de las artes amatorias que toda musulmana debe poner en práctica cuando está complaciendo a su señor. “Naryis me había enseñado todas las posiciones del baile y yo era su alumna preferida” (2010: 14), refiere Aisa en sus recuerdos de infancia. El cuerpo, no obstante, no aprende desde las teorías sino a través de las sensaciones, así que una noche la maestra decide poner en práctica los conocimientos de su alumna: fue hasta la habitación en donde dormía Aisa, se deslizó a su lado y tuvieron su primer encuentro erótico. En tres oportunidades más se encontraron alumna y maestra, y en cada uno de estos momentos, Naryis le enseñó a Aisa un poco más de estas artes, pues eran, hay que recordarlo, las que garantizaban la felicidad de las mujeres musulmanas: darle placer a su señor.

El segundo momento en el que vemos esta relación maestra-alumna es en Tamarit. Ahora es el turno de Aisa de compartir su sabiduría y lo hará justamente con quien fuera su dueña, Helena. Vale la pena deternos aquí por un momento: como explica Lagarde, cuando hay sororidad no valen las jerarquías, de modo que resulte plenamente válido y hasta conveniente que una esclava le enseñe a su ama aquellas cosas en las que ha demostrado plena destreza. Helena, en reiteradas oportunidades reconoce que Aisa recibió una educación mucho más completa y delicada que ella, y quiere aprender, en específico, el arte de amar. Colabora con su deseo el hecho de que Aisa dormía en la misma habitación que ella y Roger, de modo que cuando él y la musulmana hacían el amor, Helena estaba presente, contemplándolos en la oscuridad.

Me dispuse, pues, a su placer, recordando mi experiencia con Naryis, pero aquí era yo la maestra y ella la niña. La acosté sobre un nicho de hierba y fui revelándole los caminos de su cuerpo que ella misma desconocía (2010: 37).

En diversos momentos, Aisa y Helena se encontrarán para que la alumna aprenda las lecciones sobre las artes amatorias. Luego, cuando Helena consideró que ya estaba preparada, mantuvo a Aisa alejada de modo de que no fuera testigo de lo que había aprendido. ¿Sororidad a medias? Quizás no, quizás vergüenza de poner en práctica una sensualidad que estaba condenada en la cultura en la que Helena había sido educada.

El modo en que la cultura hegemónica hiere a Helena se ve mucho mejor graficado en el segundo momento de sororidad que plantea Ana Teresa Torres: fray Jerónimo se presenta en el castillo y somete a Helena y a Aisa a todos los desmanes que se le van ocurriendo. La violencia y la humillación que ejerce sobre ellas las maltrata física y psicológicamente. Día tras día llamaba a su habitación a las dos mujeres, y les ordenaba cualquier práctica sadomasoquista. La resistencia de Aisa es muy superior a la de Helena, pues su educación había consistido en dar placer a los hombres, y no en sus propias apetencias. Helena, por el contrario, había sido educada bajo la sombra de la madre de dios, lo cual implicaba que las prácticas sexuales sólo tenían un fin: la procreación. De modo que, a pesar del apoyo que se dieron ambas mujeres,

en Helena pudo más la opresión simbólica patriarcal, y perdió la cordura. Al final, muere en un incendio del castillo, que ella accidentalmente provocó.

Dos momentos de apoyo entre mujeres son evidentes en *La fascinación de la víctima*, ambos en relación al mismo personaje, Xenia, amiga de la hermana de Adriana. Mientras Elvira está desentrañando todo lo oculto en relación al asesinato de Sofía Budenbrook, da con una chica que era su mejor amiga. Consigue su dirección y decide entrevistarla, pero no lo logra porque la chica se encontraba completamente enajenada, deshidratada y desnutrida: drogada, sin comer ni beber por un buen tiempo, no logra ser coherente con Elvira, así que la psicóloga comienza a darle consejos que, por su propia condición, Xenia ni siquiera escuchó. De modo que Elvira se va, pero regresa luego con algo de mercado y lo deja en la puerta del apartamento.

En otro encuentro entre ellas, Elvira se entera que Xenia ha decidido ir a una residencia de drogadictos, que la comida que le llevó la salvó aquel día, y que Elvira hubiera llamado a la policía significó una modificación en la postura del padre hacia la chica. Xenia se había enterado que estaba embarazada, y había decidido que ésa no era la vida que quería ofrecerle a su hijo, así que unos días después, la chica estaba recluida en la residencia, sometiéndose al tratamiento. Elvira la visitó un par de veces a la residencia, motivada a la preocupación que sentía y al interés por que fuese avanzando en su tratamiento. También, porque sabía que ella era la única visita que recibía Xenia, pues su padre sólo se encargaba de pagar el tratamiento y el hospedaje.

Cuando ya el asesinato de Sofía Budenbrook había quedado aclarado, y Elvira se disponía a regresarse a Canadá una vez más, tuvo un último encuentro con Adriana, en la que ésta le comentaba no estar muy segura de saber qué hacer ahora, tras la ausencia de su hermana, la ruptura con su amante, y la constatación de su soledad. “Tú no has vendido el apartamento de Sofía, ella podría vivir allí, y tú continuar con tu vida independiente, pero a la vez con la responsabilidad de cuidarla y guiarla” (2008b), le sugiere Elvira, en relación a Xenia, y Adriana promete que lo pensará. Es curioso este tratamiento que la autora le da a la sororidad, porque pasa por compartir responsabilidades asumidas: Elvira había acogido, de algún modo, la salud de Xenia como algo que le competía, y ahora invitaba a Adriana a hacerse cargo

de la chica y su bebé, para que los tres se acompañaran mutuamente. La novela culmina con el siguiente párrafo:

Quería ver de nuevo las fotografías que Adriana le había enviado. Abrió la computadora y se sirvió una ginebra. Se quedó un largo rato mirando las imágenes. Adriana, Xenia y el bebé. Xenia y el bebé. Adriana y el bebé. El bebé sólo en distintas posiciones. Es muy gracioso y se ve muy despierto (2008b: 368).

La sororidad que vemos en *Doña Inés contra el olvido* es la más asombrosa de todas, porque irrumpe los prejuicios que tiene la fantasma, prejuicios que sustentan el orden social en el que le tocó vivir: el sistema de castas. Vale recordar que doña Inés es una mujer principal, mantuana del siglo XVIII, con miles de hectáreas y muchos esclavos como patrimonio. Doña Inés ha ido siguiéndole la pista a sus familiares y, en la medida en que van ocurriendo los eventos, los va narrando desde sus opiniones, sin dudar ni un momento de emitir juicios.

En la Emigración a Oriente⁸, cuando los caraqueños tienen que huir porque Boves se dirige hacia Caracas para ocuparla, muchos fueron los que murieron por hambre, por sed, por cansancio, por maltrato del camino, por los asaltantes... Isabel, los niños y Daría, la esclava, van en la carreta. El pánico se apodera de todos, y las mujeres optan por rezar el rosario. Cuenta doña Inés:

Isabel, una vez más, intenta seguir el rosario, Daría le contesta casi sin decir nada, es sólo el rumor de dos mujeres que se hablan y se consuelan con palabras que se cruzan y que se dicen porque no podrían tampoco comunicarse sus pensamientos (2008a: 62).

Doña Inés también nos traduce los pensamientos de la esclava: “Daría sostiene la bacinilla para que doña Isabel orine y luego lo hace ella. Nunca antes hubiera pensado la esclava en aquella intimidad de necesidades que mezclara en un mismo cuenco sus depósitos.” (Ibid: 59-60). Nunca antes como ahora, nos encontramos con una doña Inés que se reblandece en sus juicios

⁸ Emigración a Oriente (1814) se le llamó a la huida de los caraqueños hacia el oriente del país, durante la guerra de Independencia, precedidos por Simón Bolívar. Perseguidos por las huestes de José Tomás Boves -militar ovetense que lideraba la “legión Infernal” (Ejército Real de Barlovento)-, se le recuerda en el imaginario venezolano como “el azote de los llanos”. No obstante, para una visión menos mítica del personaje, véase *Boves, el urogallo*, de Francisco Herrera Luque (1980).

hacia los esclavos. A Daría le debe la continuación de su estirpe, pues la esclava decide salvar a la niña Isabel, la bebé de doña Isabel, a quien la esclava amamantaba, al huir con ella hacia el quilombo,⁹ muy a pesar de exponer su propia vida. La niña Isabel se crió “a la sombra del cacao” (Ibid: 84), y doña Inés dará cuenta de la relación entre ella y Daría, a quien consideraba su madre. Daría, no obstante, llevará a la niña a Caracas al cumplir diez años, de modo que recibiera la educación que le correspondía, acto generoso que doña Inés narra con ternura. De este modo, la niña Isabel termina de crecer en un convento y cuando llega a la edad establecida, contrae matrimonio. Luego, manda a su marido al quilombo para entregarle a Daría el documento que le otorga legalmente su libertad, así como una carta en la que le implora que vuelva a su lado.

Los prejuicios de doña Inés hacia las prostitutas se mantuvieron rígidos hasta que empieza a seguirle la pista a Dominguito y sus visitas recurrentes a la casa de San José. Para ella, las prostitutas eran mujeres que se divertían en el “pecado”, unas Magdalenas como las que cuentan los relatos de la iglesia y que de ningún modo podía surgir algún tipo de simpatía por su parte. No obstante, adentrarse en la casa que dirigía Lucía Chuecos hace que la voz de ultratumba entienda la vida de estas mujeres y cambie sus juicios al respecto. A esta mujer la describe del siguiente modo:

(...) me parece una mujer bondadosa, pues trata a las muchachas como si fuera su madre, cuida de su salud, les habla a veces con ternura y otras con rigor, y a pesar de su depravación, rechaza a muchas jóvenes miserables que han acudido a ella en busca de trabajo y les recomienda otro oficio de mayor dignidad (2008a: 126).

De hecho, Lucía Chuecos había impedido que Magdalena trabajara como prostituta en la casa de San Juan, así que la disponía para los oficios de la casa, porque era una muchacha inocente, que no estaba allí para esos menesteres. Esta situación es lo que hace más aberrante la entrega por parte de Domingo Sánchez, y que genera la indignación de doña Inés que narramos anteriormente.

⁹ De acuerdo al RAE, en Venezuela, quilombo es “Lugar apartado y de difícil acceso, andurrial”. Más concretamente, será el lugar en el que se concentraban los negros desertores en la época colonial.

El apoyo a otras mujeres pasa primero por la comprensión de sus circunstancias, y esta comprensión la va experimentando doña Inés en relación a las mujeres que entregan sus cuerpos a cambio de unas pocas monedas. Le va quedando claro a la fantasma que no hay placer ni divertimento en ellas, sino que la posesión e imposición del placer en los hombres anula a estas mujeres, que no son más que vehículos a través de los cuales los hombres consiguen su propio placer.

¿Conocen las prostitutas los deseos de los hombres? Siempre creí que eran buscadas para satisfacer en ellas la bestialidad, y ahora me pregunto si su encanto no reside en la disposición a complacer algo oscuro y desconocido; siempre creí que eran mujeres libertinas, de apetencia irrefrenada, y a fuerza de verlas y escucharlas he podido comprender que ejercen su oficio con frialdad y que es poco su disfrute. ¿Conocía la madre de Juan del Rosario tus deseos, Alejandro?, ¿o era sólo el dominio de disponer de su cuerpo para el placer, como disponías de sus manos para el trabajo? (Ibid: 131-132).

Este cuestionamiento de doña Inés a Alejandro en relación a la esclava, madre de Juan del Rosario, es clave para entender el avance del personaje y es, a su vez, un poner al descubierto el maltrato del que han sido las mujeres más periféricas, las que han sido sometidas doblemente: por el orden patriarcal y por el orden social. La toma de conciencia de doña Inés abre la posibilidad de la empatía, condición necesaria para que haya sororidad.

Conclusiones

En las distintas novelas analizadas, *La favorita del señor*, *Doña Inés contra el olvido* y *La fascinación de la víctima*, encontramos reiteradamente tres elementos que sustentan el discurso feminista de Ana Teresa Torres; a saber, la permanente representación de las relaciones de poder entre los géneros, y cómo estas relaciones se ven afectadas, también, por otros elementos de carácter social y cultural, como las castas, las razas y los roles; la misoginia, como ese sentimiento que nutre las relaciones de poder, subyugando a la mujer y, por último, la sororidad.

Ana Teresa Torres se vale de dos recursos para la expresión de las relaciones de poder: la narración fáctica y la desacralización de los discursos. En relación a este último, tanto doña Inés como Aisa y Elvira se ven en algún momento envueltas en situaciones en las que, por ser mujeres, se encuentran en desventaja, pero la narración abre el espacio para la burla y la ironía, banalizando el poder asumido por el varón y, así, deslegitimando la lógica que sostiene la simbología patriarcal.

En cuanto a la narración de los hechos, y aun cuando pretende ser una narración objetiva, la autora muestra la violencia a la que pueden verse sometidas las mujeres dentro de estas relaciones desiguales y el lector no puede dejar de sentir disgusto hacia los personajes que la generan, como empatía hacia las mujeres que las sufren. En este sentido, resulta un recurso extraordinario por parte de la autora como invitación para la toma de conciencia del lector sobre algo que, aun cuando aparece reflejado en la ficción, no deja de ser absolutamente real en la cotidianeidad de las mujeres.

Por otro lado, la constatación de la misoginia como noción plenamente fundamentada en sociedades cuya estructura patriarcal es más que evidente: la musulmana y católica de la España del siglo XIII, la venezolana de los últimos tres siglos, así como también la venezolana en la contemporaneidad. Esta misoginia manifiesta en diversos personajes masculinos de las narraciones de la autora, muchas veces promueven en los relatos situaciones

de violencia de género, por lo cual queda patentado que esta última no puede darse sin la primera, pues quien desprecia al otro puede llegar a extremos de violencia para su apropiación y posterior subyugación.

Por último, y a diferencia de las nociones anteriores, la sororidad como aspecto reivindicativo del discurso feminista en Ana Teresa Torres, en el que pone de manifiesto ese pacto entre mujeres que supera clases sociales, intereses económicos o de castas, diversidad cultural e incluso ideológica, para volcarse en una profunda empatía entre mujeres que trae de suyo un apoyo irrestricto ante la adversidad.

El discurso feminista en la autora venezolana, partiendo de estas tres nociones que analizamos, es un discurso con características muy propias, que no se enmarca dentro de unos parámetros rígidos ni pretende una lucha política. Es, sin duda, un discurso que denuncia, que banaliza y desacraliza, que remueve estereotipos desajustando contextos y personajes, que logra conjugar las diversas circunstancias (históricas o ficcionales) de las mujeres para sacarlas de los márgenes y que sus voces puedan ser escuchadas. Es, en fin, un discurso reivindicativo, que pone de relieve el entramado difícil, pero cotidiano, de una musulmana en la España del siglo XIII; de una mantuana en la Venezuela del siglo XVIII y de una canadiense, en la Venezuela del siglo XX.

Bibliografía

Directa

- Torres, Ana Teresa (1991). *El exilio del tiempo*, Caracas, Monte Ávila Editores.
- _____ (1998). *Territorios eróticos*, Caracas, Editorial Psicoanalítica.
- _____ (1999). *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin*, Caracas, Monte Ávila Editores.
- _____ (2000a). *Malena de cinco mundos*, Segunda edición, Caracas, Editorial Blanca Pantín. (1ª edición, 1997).
- _____ (2000b) *A beneficio de inventario*, Caracas, Memorias de Altagracia.
- _____ (2003) *El hilo de la voz. Antología crítica de escritoras venezolanas del siglo XX*, Caracas, Fundación Polar / Editorial ExLibris.
- _____ (2005). *El corazón del otro*, Caracas, Alfa.
- _____ (2007). *Historias del continente oscuro*, Caracas, Alfa. (1ª edición, 2007).
- _____ (2008a). *Doña Inés contra el olvido*, Caracas, Alfa. (1ª edición, 1992).
- _____ (2008b). *La fascinación de la víctima*, Caracas, Alfa.
- _____ (2009). *La herencia de la tribu*, Caracas, Alfa.
- _____ (2010). *La favorita del señor*, Caracas, Alfa. (1ª edición, 2001).
- _____ (2011). *Vagas desapariciones*, Caracas, Alfa. (1ª edición, 1995).

Indirecta

Sobre Ana Teresa Torres

Bruña Bragado, María José (2005). *Novelar la historia desde los márgenes*.

Disponible: dialnet.unirioja.es/servlet/fichero_articulo?codigo=256558

[Consulta: 2012, mayo 18]

Caraballo Castañeda, María Carolina (2008). *Ana Teresa Torres, escritora-intelectual: claves de representación*. Trabajo de grado de la Maestría en Literatura Latinoamericana de la Universidad Simón Bolívar. Inédito.

Flores, María Antonieta (2000). *Frente a las disolvencias: Ana Teresa Torres*.

Disponible: <http://www.kalathos.com/may2000/entratt.html> [Consulta:

2012, junio 1].

Franco, Fabiola (1997). "Mujer, historia e identidad en Hispanoamérica: Doña Inés contra el olvido, de Ana Teresa Torres", en *Revista de Literatura Hispanoamericana*. Nº 35: 63-73. Disponible: <http://revistas.luz.edu.ve/index.php/rh/article/viewfile/2963/2857>. [Consulta: 2012, mayo 30].

García Jaimes, Kellys Xiomara (2004). "Ana Teresa Torres: entre la memoria y el tiempo", en *Contexto*, Segunda etapa, Volumen 8, Nº 10: 169-178.

Khan, Ana Maería (2011) *Ana Teresa Torres*. Disponible: <http://www.complotmagazine.com/articulo.php?id=998> [Consulta: 2012, mayo 23].

Kozak, Gisela (2011). "Malena de cinco mundos (Ana Teresa Torres): representación, narrativa actual y feminismo" en *Literatura asediada: revoluciones políticas, culturales y sociales*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca-EBUC, pp. 139-167.

Lovera De-Sola, R. J. (2010a). *Diez años de Novela en Venezuela (2000-2010)*. Disponible: <http://www.arteenlared.com/lecturas/articulos/diez-anos-de-novela-en-venezuela-2000-2010.html> [Consulta: 2012, mayo 05].

_____ (2010b). *La favorita del señor*. Disponible: <http://www.arteenlared.com/lecturas/libros/la-favorita-del-senor.html> [Consulta: 2012, mayo 05].

Meneses Linares, Javier (2004). "La deconstrucción del tiempo de la historia a través de la ficción en la novela "El exilio del tiempo" de Ana Teresa

- Torres", en *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid.
- Ortega, Julio (1997) *Ana Teresa Torres y la voz dirimente*. Disponible: <http://sololiteratura.com/anateresatorres.htm> [Consulta: 2012, junio 06].
- Rivas, Luz Marina (2004). *La novela intrahistórica. Tres miradas femeninas de la historia venezolana*, Caracas, El otro el mismo.
- Torres, Héctor (2009). *Ana Teresa Torres: no creo que los escritores seamos los más visibles de la sociedad venezolana*. Disponible: <http://ficcionebreve.org/anterior/entrevistas/entrev09.htm> [Consulta: 2012, mayo 23].

Sobre tópicos teóricos generales / feministas

- Aguilera Portales, Rafael Enrique (2007). "La crítica literaria como crítica filosófica y cultural", en *Konvergencias. Filosofía y culturas en diálogo*. Año V, N° 16, tercer cuatrimestre. Disponible: <http://www.konvergencias.net/aguileraportales152.pdf> [Consulta: 2012, julio 4].
- Bajtín, Mijail (1986). *Problemas de la poética de Dostoievski*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Bosch, Esperanza; Ferrer, Victoria y Gili, Margarita (1999). *Historia de la misoginia*, Barcelona, Anthropos.
- Caballé, Anna (2006). *Una breve historia de la misoginia*, Barcelona, Lumen.
- Cruzado, Ángela (2009). "La mujer como encarnación del mal y los prototipos femeninos de perversidad, de las escrituras al cine", en *Revista Internacional de Culturas & Literaturas*. N° 8. Disponible en <http://www.escriptorasyescrituras.com/revista.php/8/63>. [Consulta: 2012, agosto 5].
- Herrera Luque, Francisco (1980). *Boves, el urogallo*, Caracas, Pomaire.
- Jiménez Perona, Ángeles (1995). "Igualdad", en *10 palabras clave sobre mujer*. Dir. Celia Amorós, Navarra, Verbo Divino, pp. 119-149.
- Lagarde, Marcela (2009). *La política feminista de la sororidad*. Disponible: <http://www.mujeresenred.net/spip.php?article1771> [Consulta: 2012, junio 16].
- _____ (1997). *Género y feminismo*, Madrid, horas y Horas.

- Loreto Amoretti, Marelis (2008). "El personaje inacabado (Un acercamiento a la concepción del héroe en Mijail Bajtin)", en *Revista de Ciencias de la Educación*, Segunda etapa, vol. I, nro. 32, Julio-Diciembre, Valencia, Universidad de Carabobo, pp. 221-231.
- Ossott, Hanni (1996). *El circo roto*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Posada Kubissa, Luisa (1995). "Pactos entre mujeres", en *10 palabras clave sobre mujer*. Dir. Celia Amorós, Navarra, Verbo Divino, pp. 331-365.
- Puleo, Alicia (1995). "Patriarcado", en *10 palabras clave sobre mujer*. Dir. Celia Amorós, Navarra, Verbo Divino, pp. 21-54.
- Rísquez, Fernando (2007). *Aproximación a la feminidad*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana.